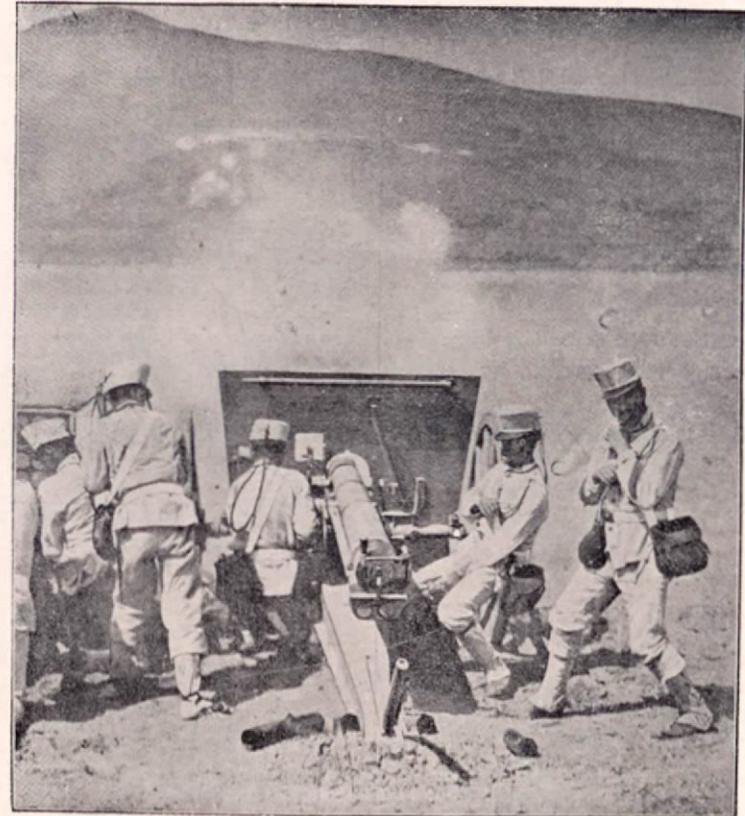


hondo, como el análisis crítico de la vida y obras de Góngora, el cual sentimos en el alma no publicar porque no lo permiten las dimensiones de la revista; en ese trabajo y otros

La oficina internacional centro americana ha abierto dos concursos á fin de obtener un texto de instrucción pública y la letra de un himno nacional centro-americano. El primer tra-

GUERRA DEL RIF



Un cañón de la batería Schneider, emplazado en la playa de Mar Chica, haciendo fuego sobre el enemigo parapetado en el Gurugú

que hemos saboreado, se revela el hombre investigador y estudioso que emprende gallardamente un trabajo de gran aliento y lo lleva á cabo con mejor éxito. Ojalá que el aplauso sincero sirva de estímulo al joven escritor.

*
* *

bajo será premiado con trescientos dollars y el segundo con cien. Cumplimos con la recomendacion que la oficina nos hace de darlo á conocer al público y excitamos á nuestros poetas y pensadores para que entren á ese hermoso torneo de la intelectualidad.

Melodías Sentimentales

I

Añoranzas

Quedaron lejos la heredad; el valle
nativo; el río rumoroso;
el cementerio blanco y silencioso;
la vieja iglesia; la desierta calle.

Dejad con el recuerdo que batalle,
y busque á la distancia el orgulloso
campanario, que un tiempo, clamoroso,
midió mi vida en su menor detalle.

Quiero escu-har de nuevo sus campanas;
ver los maizales en que canta el viento;
necedades hablar con las aldeanas.

y vagar por los campos, cuyo aliento
perfumado aspiré muchas mañanas
que aun viven gratas en mi pensamiento.

II

¿Por qué?

Eso pensaba ayer; mas ví sus ojos
y he arrojado al momento todo aquello
en el profundo olvido; si algo bello
hay en la vida, que hoy me cause antojos,

es el ver en su rostro los sonrojos
de la virtud; el púdico destello
que se advierte en su frente: regio sello
de bondad, que disipa los enojos.

¿Por qué secreto influjo Ella ha llegado
á causar en mi sér tan honda herida?
Todavía lo tengo yo ignorado!

Más no echo menos mi heredad perdida,
ni el valle, ni la iglesia, ni el callado
cementerio. Comienza en mí otra vida!

III

Ella

Hay en sus ojos tal melancolía,
es tan dulce, tan suave é insinuante,
que al contemplarla en el primer instante
sentí deseos de llamarla Mía.

Con qué delicadeza yo sabría
convertirme para Ella en tierno amante,
y cómo por su amor, noble y radiante,
ser bueno y ser dichoso yo podría!

Cuando me dijo, en rara confidencia:
yo quisiera irme un día por lejanas
comarcas, de la mano del Deseado,

mi corazón oí que con violencia
latía sin cesar, y tuve ganas
de ver tierras, de amar, de ser amado!

IV

Envío

Una noche de baile, dulce amiga,
te conocí; charlamos largamente
y te mostré mi alma, ingenuamente,
llena de desencanto y de fatiga.

Fuiste piadosa para mí, Bendiga-
te el Cielo! y dulcemente,
con frases de ternura mi doliente
estado de pasión calmaste.

Escriba
me dijiste, algún verso bien sentido,
y cántele á las aves, á la aurora,
y á las puestas del Sol tras los alcores.

Yo por obedecerte escribo ahora
estos versos, que huyendo del Olvido
van á implorar, ansiosos, tus favores.

Guillermo Andreve

Sobre el blasón de España

¡Gloriosa Iberia, España de Pelayo,
tan heroica, tan noble como grande!
Hoy en los campos tu valor se expande
erguido á más altura que el Moncayo.

Sin miedo, humillaciones ni desmayo
tu enorme gloria sus proezas blande,
y pasa, como un vértigo, hasta el Ande
tu vigor, reviviendo el "2 de Mayo".

Que canten, otra vez, tus viejas trompas
la señorial grandeza de tu fuero
ceñido há siglos por bizarras pompas.

Se doran de heroísmo los perfiles
de tus soldados que cantara Homero,
evocando las cóleras de Aquiles.

Lisímaco Chavarria.

La Tempestad

«Voy con María. Esperanos.—Octavio».

Octavio R..., el escritor neurótico de la palabra helada, era mi amigo de la infancia; y María, su mujer, era mi querida.

Octavio estaba medio loco. Por su modo extraño de sentir y por su modo extraño de adorar la belleza pagana de su esposa.

Un escéptico que creía en todo.

Cuando llegó el exprés, y vi á María en un reservado, corrí á saludarlos; pero ella, abriendo la portezuela y separándose para mostrarme el fondo, dijo desoladamente:

—Allí venía él.

—¡Octavio!

—Muerto,—respondió tan bajo y tan secamente, que apenas la oí.

Luego, sin derramar una lágrima, saltó al andén, me suplicó silencio, indicó por señas á un mozo que nos siguiera con el equipaje, entre cuyos objetos reconocí el sombrero de mi amigo, y nos dirigimos al hotel, á la carrera del ómnibus.

En cuanto estuvimos solos en un gabinete, cuyo balcón daba á la playa, sepultó María la cara entre los brazos, y lloró mucho. Yo, abrumado en la butaca, cerca de la suya, lanzaba la vista idiotamente á la inmensa curva donde se unían el mar y el cielo; éste encapotado de grueas y blancas nubes; aquél, tranquilo y de un fuerte azul plumizo, sin un vapor, sin una vela, en su vasta y comba superficie.

No osaba mirarla. ¿Qué cuentas iba á darme aquella histérica, de la muerte de su marido?

Al fin pudo hablar y dijo estrechando mi mano entre las suyas, blandas y calientes como las de un niño:

—Cogió tu carta. Tu última carta, que yo guardaba en el pecho. Me la cogió dormida... y se mató. Nunca me había amado tanto como en este

viaje. Mi amor y la tormenta horrible de esa noche, produjeron en su alma efectos espantosos. ¡Oh! era preciso haberle visto!

—¿Y dónde está? Me atreví á preguntar.

—¡Allí!—dijo la joven señalando el Océano.

Durante algunos segundos, ví los dedos de la pobre mujer temblando sobre el pañuelo que llevó á los ojos. Las comisuras de su boca saltaban en nerviosas convulsiones.

Cuando logró serenarse, habló así, con voz cansada, de apacible y gran monotonía:

—Ignoro si influí decisivamente en el destino de Octavio, ó si fuí nada más la fútil ocasión del rapto que le arrancó la vida, carga para él, de todo cansado y hasta de sí propio. Tú sabes cómo me quería. Con desesperaciones que me daban miedo, con exaltaciones insensatas. Cuando ayer tomamos el tren estaba alegre, expansivo, contento de vivir, como pocas veces. Nadie debía acompañarnos, él y yo solos, en un reservado. Habló mucho todo el día, y á poder haberse escrito cuanto me dijo, sería sin duda lo más hermoso de todo lo que jamás pasará por su imaginación. Él era feliz, y yo ¿á qué negártelo?, contagiada de aquella eterna sonrisa de ventura que jugaba en sus labios, también lo era. ¡También feliz, muy feliz!...

Al anoecer, después que comimos en el *restaurant* de la estación más alta de la cordillera, paseamos un rato. El paisaje solitario é inmenso nos parecía hecho para el éxtasis de nuestra dicha.

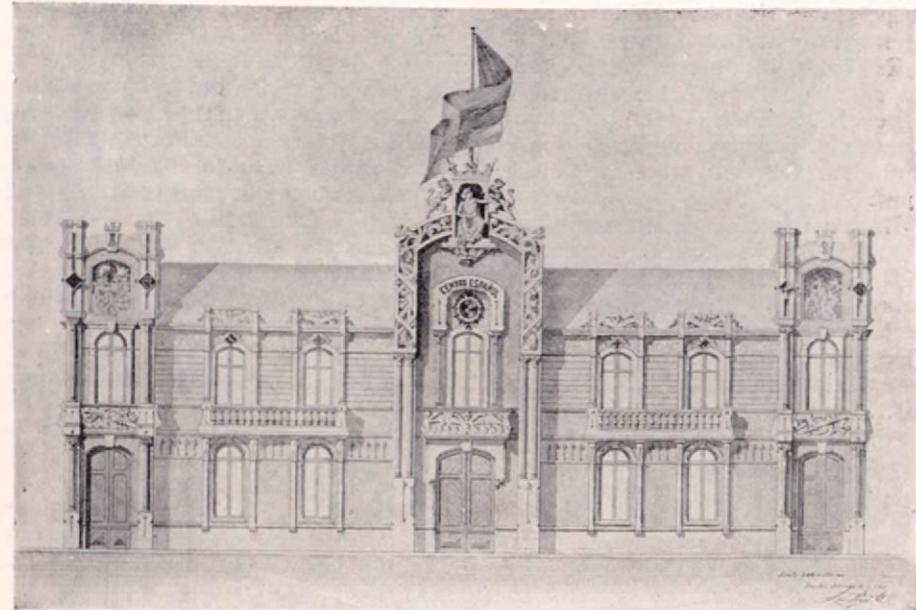
Todo nos movía á la ternura. Y como si la máquina, que nos había arrastrado á tantos deleites, pudiera entender nuestra gratitud, la mirábamos juntos, con su negra mole finamente fileteada de reflejos de luna, encendidas ya en sus topes las farolas blanca y roja. Estábamos delante de ella, escondidos del andén por los chorros de vapor de sus gri-

fos, cuyas nubes nos rodearon como en apoteosis de amor, cuando la campana anunció la marcha. Nosé porqué me pareció que Octavio, abrazado á mí, hubiera querido permanecer en los rails.

Recuerda que una de sus máximas era ésta: *no se debe morir acosado*

más alta sobre la enorme profundidad del valle, vertía su luz tranquila sobre los pinares de la sierra, y arrojaba sobre los desmontes la sombra del tren, que corría despeñado cuesta abajo.

Sentía la cara de Octavio rozando con la mía en los bamboleos de la



Fachada para el nuevo edificio del Centro Español

Proyecto del arquitecto español don Luis Lluch

por la vida, sino despreciándola, en plena felicidad.

Subimos al reservado. De nuevo el tren empezó á correr en la soledad de las montañas, huyendo por la cinta que cortaba sus laderas. Yo iba junto á la ventanilla, abierta para respirar el fresco, y Octavio á mi lado, rodeándome el cuello con el brazo, murmurando á mi oído, que rozaban sus labios, dulcísimas palabras. La pantalla de la lámpara oscurecía el interior del coche. Estaba la noche espléndida. La luna, que parecía

marcha. Sus manos acariciaban mi cabello y mi garganta. Perdí la conciencia y no sé cuánto nos duró aquel mareo de ventura; pero creo que más de una vez nos alumbraron las linternas de pequeñas estaciones cruzando á escape, y sólo recuerdo que ya no veía la luna en las sombras del cielo, cuando al fin, reclinada en el hombro de Octavio, que besaba todavía el cabello de mi frente, me fuí quedando dormida entre la presión suave de sus brazos, llena el alma de celeste paz, sin temores, sin

memoria, sin más vida que la de aquel momento y la de aquel estrecho espacio del carruaje, blando, solo, nuestro, como un nido de amor, trepidando siempre y envuelto en el estruendo de la carrera del tren, por la solitaria noche.

Una luz blanca, intensísima, rápida, que me hirió dormida, me hizo despertar en la obscuridad para escuchar un estrépito formidable.

Es decir, la obscuridad no era á mi alrededor completa: el farolillo del coche, aunque tapado por la pantalla azul, permitía ver las cosas esfumadas. Octavio no estaba junto á mí.

La luz eléctrica de un relámpago volvió á iluminarlo todo. Entonces ví á Octavio al otro extremo, tirado sobre su asiento, con el hermoso cabello negro levantado en rizos por el vendabal y mirando por las abiertas ventanillas el horror de los cielos... Un nuevo relámpago, tan grande que me hizo exclamar un ¡Dios me valga!, dibujó y me mostró en los labios de mi marido una sonrisa diabólica. Sus ojos habían mirado fijamente la nube negra que se rayó de fuego; y cuando un trueno pavoroso estalló seco sobre nuestras mismas cabezas, él, mi Octavio, con una serenidad inconcebible, con una satisfacción parecida á la del escenógrafo que oye los bravos para sus decoraciones, me obligó á ocupar otra ventana, sacó un brazo fuera y dijo:

—¡Esto sí que es grande! ¡Esto es inmenso!

Podría jurar que un rayo cayó sobre los hilos del telégrafo. Tembló. El sonrió otra vez.

—¡Qué hermosa á esta luz!—me dijo, y el trueno ahogó sus palabras.

Cafía la lluvia en gotas gruesas como una granizada de balas. El huracán rugía con incansable rabia. El tren, en dirección opuesta al viento, volaba á toda máquina por una curva, silbando y lanzando espuma-

rajos de vapor; de modo tan intenso resplandecían los relámpagos, que pude ver netamente sobre el negro rodaje de la locomotora, la biela y la manibela, limpias y brillantes, moviéndose con el vaivén furioso de los brazos de un loco.

—¡El mar! ¡El Océano! —gritó Octavio de improviso, queriendo sobreponer la satánica alegría de su voz al trueno que inundó los espacios.

Y en efecto, otro relámpago habíanos descubierto el mar por entre un desfiladero de rocas. Diríase que la máquina marchaba despeñada hacia él, con su temblorosa cadena de carruajes y sus ruidos de metal.

No sé qué temor me invadió, y me estreché á Octavio. Pero al cogerle la mano tropecé con un papel que me hizo retroceder.

Era tu carta. Súbitamente comprendí que su mano, guiada á mi corazón por mi cariño, la encontró mientras yo dormía. Y comprendí también con espanto la tempestad que en competencia con la del cielo hubiera provocado en su alma. El terror me helaba.

Al fatídico serpear de una centella que incendió los aires, ví que el tren comenzaba á salvar sobre el mar un ángulo de la costa por un puente colgante. Las olas se estrellaban allá abajo contra las peñas, deshaciéndose en espuma; el huracán, metiéndose en las concavidades de granito, arrancaba un bramido continuo, monótono en sus cambios; las nubes se abrían incesantemente despidiendo fuego sobre el mar, y el trueno retumbaba cada vez más potente, como creciendo en su grandeza. Y el tren, entre la obscuridad y la luz, entre el viento y la lluvia, seguía y seguía, haciendo retemblar la trabazón del puente con su carrera sin freno y sus resoplidos de monstruo, envuelto en lumbre y vapor.

!Un relámpago!... ¡Otro!... ¡Ah! de pronto ábrese la portezuela, Octavio arrójase por lo alto de la barandilla del puente, y... isí, Dios mío,

al tercer relámpago, un momento antes de chocar su cuerpo allá abajo con los escollos, y ser arrebatado por las olas, me pareció ver que el insensato sonreía! ¡Al mar!

Yo caí rodando por la alfombra del reservado...

FELIPE TRIGO

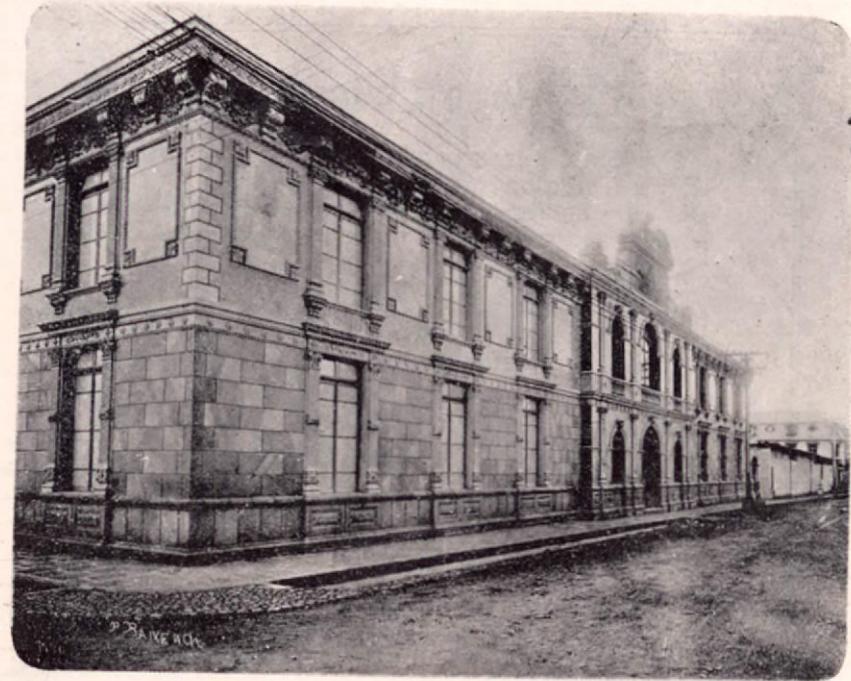
Madrid.

Dolor y risa son hermanos.
Compadeced á los que lloran.
Pero compadeced todavía más á los que ríen.

El llanto se extiende desde la cuna al ataúd.

La risa es pasajera; la risa es una mentira.

Y este cráneo, ayer nido de ideas



Biblioteca Nacional de Costa Rica

Ante un cráneo

El cráneo de un hombre es un libro abierto.

Yo tengo el culto de los libros.

Y en el hueco oscuro de esta caja de hueso están escritos los grandes, los misteriosos capítulos de la vida.

Esa mueca eterna, ¿es de dolor, es de risa?

El dolor es el reflejo de una alma enferma.

La risa es el llanto de la alegría.

y hoy nido de gusanos rió mucho lloró mucho.

Hoy, ¿seguirá llorando?

¿Seguirá riendo?

Si lloras te envidio.

Si ríes te detesto.

Eres flor de tumba.

Eres mueca enigmática.

Cesó en tí el movimiento; pero no cesó el silencio.

Y el silencio es sublime en los labios descarnados de una calavera.

¿Amaste?

Si amaste mucho, tu sufrimiento
será eterno.

El amor de un cráneo no se con-
vierte en cenizas.

¿Odiaste?

Si odiaste, serás muy feliz.

El odio honra.

El odio es sierpe de plata.

Tiene alas y se remonta al cielo.

Se arrastra y baja al infierno.

El águila caudal no sabe odiar.

Es centinela del aire.

No sabe lo que pasa en la tierra.

¿Inspiraste envidia?

¿Sí?

En tu cámara oscura y fría como

el olvido puede entonces alojarse el

tronco del genio.

Ser envidiado es casi ser un Dios.

VARGAS VILA

Motivos Griegos

Tranquilo y transparente como un lago
Sócrates va á morir por justo y bueno.
Dió á los hombres su amor, y ellos en pago
le dieron su rencor y su veneno.

La turba de discípulos implora
en torno del Maestro condenado,
mientras Critón, el predilecto, llora
á sus yertas rodillas abrazado.

Pisando de la vida los extremos,
aún á Critón su labio sonreía...
—No olvides que á Esculapio le debemos

un gallo!—suspiró la voz ahogada,
y crispóse su mano de alegría,
acariciando la cabeza amada.

*
*
*

Platón con sus discípulos pasea
bajo los verdes plátanos. Su acento
vierte el consuelo de una nueva idea,
y para oírle se detiene el viento.

Se oyen tranquilas resbalar las fuentes,
lanza un ave en un mirto alegres quejas,
y en torno de rosales florecientes
zumban, ebrias de mieles, las abejas.

Y después de un silencio sobrehumano,
en un gesto de siembra abre la mano...
junto á una vieja estatua se detiene...

Su voz resuena... Y con callado vuelo
una paloma hasta sus labios viene
para llevarse su palabra al cielo.

F. VILLAESPESA

Cromos viejos

Para "El Fígaro"

La cola abierta de un pavo real enorme
de la palmera los ramajes fingen;
el varillaje de una rama tiembla
y te abanica muellemente....

Es dulce

la penumbra del parque y es romántico
el cromo á tintas roja, azul y verde:
el surtidor adormecido y el cisne
como un ensueño blanco en la fontana.

Bajo el verdor de los follajes vibra
el poema en manos de la dama rubia,
y en laxitud ensoñadora un galgo
de orejas luengas y de gris pelaje,

mullida alfombra es al botín que asoma
á flor de encajes y de sedas blancas.
Evoca todo del Trianón la gloria
de los felices días de Eros triunfante,

y yo, que anheloso tras la reja atisbo
tu soledad — para besarte en sueños. —
doy al paisaje de Watteau, el romántico,
la nota blanca del amor eterno....

Roberto Valladares

1909.



Emilio Pacheco Cooper

ANTE SU TUMBA

¡Pobre génio abandonado!
Oh! triste gloria olvidada...!

*Al talentoso escultor señor Juan Ramón Bonilla,
futura gloria del arte*

Hace ya un mes y algunos días, cumpliéndose un lustro del que en aciaga hora, quizás si precedida de crueles desengaños y amarguísimas decepciones, bajó á la tumba el infortunado amigo con cuyo nombre se hace el honor de encabezar estas líneas, el que tiene la honra de suscribirlas.

No sé por qué presentimiento, mezclado de tristeza é incertidumbre, habíame forjado la idea de que el sepulcro del ilustre finado, no estaría á la altura de sus méritos personales, de su nombre—tan apreciado donde quiera que fué conocido—ni de su incuestionable talento. Y mis presunciones se vieron, por desgracia, desagradablemente confirmadas; pues en efecto, después de recorrer un día durante más de dos horas, bajo un sol de fuego las innumerables tumbas que pueblan los extensos patios de la necrópoli de esta capital y de hacer otro tanto en la de Cartago otro día, gracias al decidido empeño que puso en ayudarme á buscarla el bondadoso señor José María Arias, amable encargado del cementerio de esa ciudad, pude al fin hallarme frente al lugar en donde no sé si decir «reposan», ó si «están poco menos que abandonados», los queridísimos restos del infortunado autor de VENGANZA DE POETA.

¡Qué amargo sinsabor experimentó mi alma en aquél lúgubre instante! ¡Cuántas amargas reflexiones cruzaron como nube negra poblada de demonios sonrientes, por mi obscurcida fantasía, en aquel momento de triste descorazonamiento...! ¡Qué humanidad, qué humanidad—exclamé al cabo de algunos instantes de contemplar aquello que tenía ante mi vista!

Donde la piedad—ya que no el deber y la consecuencia—ha debido depositar sendas coronas sobre auríferas inscripciones esculpidas en mármol, bronce, pórfido ó granito, siquiera para estímulo de la juventud que llena de fé empieza á ascender la accidentada cuesta de la vida con el alma henchida de ilusiones y el corazón rebosante de esperanzas, ah! ni una flor depositada por una mano piadosa condolida de la desventura del caído; ni una frase de cariño grabada sobre la pobrísima lápida, por la amistad ó consagrada por la familia; ni apenas un recuerdo... oh! pobre Emilio, á pesar de ser tan reciente tu desaparición del mundo, de este mundo en donde tanto te afanabas por servir á tus semejantes... Perdona, mi caro amigo, si llego á interrumpir con mi destemplado lamento la tranquilidad de tu reposo, si vengo á perturbar con mis sollozos la soledad de tu sepulcro.

Descansa en paz; y que junto al trono del Altísimo, lugar á donde no llegan ni con el pensamiento los profanos, encuentres la satisfacción que no pudiste alcanzar en la tierra; que te negaron los envidiosos; que no te supieron brindar los que podían hacerlo, egoístas indiferentes refractarios á todo lo que no fuera vil materia propicia á su insaciable ansia de lucro. ¡Perdónalos, Señor, no saben más que vivir para comer!

Presentía—quizás si por el conocimiento que desgraciadamente me han dado mis años, de la humanidad, de sus miserias, de su vanidad y de su insensato orgullo—que el homenaje tributado al infortunado poeta, no estaría á la altura de su grandeza y de sus merecimientos. Y así lo presentía, partiendo de que Pacheco—aunque hombre de noble corazón con alma de purísimos sentimientos y cerebro de elevadísimas ideas—no pertenecía á esa nobleza que priva aquí y en otros pueblos de la América latina; nobleza consis-

tente, no en el talento, la ilustración, el altruismo. ni la generosidad, siquiera, de sus componentes, sino simplemente en el apellido más ó menos prestigioso ó influyente (si la bolsa sona), en la heredad poseída, y con más ó menos trabajan conservada, ó en la propiedad más ó menos afortunadamente adquirida; nobleza compuesta de un grupo más ó menos numeroso, aferrado siempre á sus rancias preocupaciones, y siempre rebosante de necia vanidad y ridículo orgullo.

No era Pacheco de esos privilegiados, mimados siempre por la fortuna. Era, sí, de aquellos que como el Román de *La Conjura*—gladiador de la suerte, creado por el brillante genio del joven escritor cubano señor Jesús Castellanos en su obra recientemente publicada, y particularizado por la fecunda pluma del insigne luchador señor Alvaro de la Iglesia, en emocionante artículo impregnado de amargas quejas—saltó animoso «á la arena del circo, fuerte el corazón, recios los miembros, claro el entendimiento, iluminado por una fe ciega, acaso fanáticamente confiada en el propio mérito, y... ¡pobre amigo! cayó ensangrentado en mitad de la jornada, vencido, si no por «la fuerza brutal de los prejuicios», sí por «la fría indiferencia de ese ignaro público de las gradas, obtuso de intelecto para distinguir el talento» y duro de corazón para saber apreciar «los grandes dolores» y los dolorosos sacrificios.

Tal es la humanidad.

Así es el mundo.

Otro tanto ha pasado con el malogrado Aquileo J. Echeverría, cuyos restos se hallan aun en tierra extranjera y, quizás, sí se pierdan por desidia y despreocupaciones, para su país.

A pesar de mis diligencias acompañadas siempre de los más ardientes deseos, causas completamente ajenas á mi buena voluntad me han privado de poder dejar sobre la tum-

ba del amigo perdido, un recuerdo cariñoso. Tengo que partir en breve, y ya son muy pocos los días de que puedo disponer, para hacer lo que deseaba. No sé si podré volver á ver este paraíso de poesía, huérfano de poetas, después que me alejé de sus risueñas costas. Cada día voy sintiendo más el peso de los años y de los trabajos que he pasado unas veces en las guerras, y otras en el destierro voluntario, luchando por la emancipación de la patria querida. Mucho hemos trabajado, mucho tenemos aun que trabajar para asegurar sobre sólidos cimientos el porvenir de esa patria tan caramente conquistada, y no sé qué tiempo me quedará que vivir, aunque es lógico presumir que no sea mucho. Pero si algún día volvería á pisar este querido suelo, mi primer paso en él sería visitar la tumba del ABANDONADO, para depositar en ella un recuerdo que haga imborrable para las generaciones venideras, su augusta memoria. Mas, si no lograra realizar ese deseo, ah! entonces con la resignación del creyente vencido por el hado traidor exclamaría:

¡Pobre amigo querido, ese es tu sino!

¡No he podido vencer tu cruel Destino!

SILVERIO SÁNCHEZ FIGUERAS

San José Costa Rica, Sepr. de 1909.

Chispazos

A gritos, en una esquina,
decía ayer el gran Chebo:
este pelo se lo debo
á los frascos de RHUM QUINA.

**

Tiene callos Constantino
y padece mal tan grave
porque el idiota no sabe
donde vive SABATINO.

**

El sello nacional tiró por allá sus muletas de paralítico y se dispuso á sellar los giros que se le fueron presentando. Y todo porque acertó á llegar á la ventanilla una damita encantadora, olorosa á POLVOS LIDILIA DE RIGAUD.

LOS PRODUCTOS DE "BORDEN" RESUELVEN DEFINITIVAMENTE
LOS PROBLEMAS SOBRE LECHE

PARA TODAS LAS EDADES. - EN TODOS LOS CLIMAS. - BAJO TODA CONDICION

Perdéis si os contentáis con un sustituto

Leche Malteada de Borden

Alimenta á los niños. - Fortalece al adulto.

Sostiene á los ancianos

Es un alimento perfecto, sano y delicioso, conteniendo todos elementos nutritivos de la más rica leche de vaca y cereales que vigorizan el sistema.

La leche condensada de Borden

MARCA

MAGNOLIA

no tiene igual por su pureza y es la mejor para criar á los niños. La distancia que nos separa de los Estados Unidos, garantiza su mayor frescura en todo tiempo.



LA CREMA DE BORDEN

Marca PEERLESS

El que la tenga en su casa no se verá apurado en ninguno de los muchos casos en que la crema ó natilla, tan inobtenible aquí, es indispensable. Las fresas, moras y frutas por ese estilo, las mermeladas y los platos de cereales tienen ya asegurado aquí su complemento. - ¡Para helados la crema de BORDEN no tiene precio!

DE VENTA EN TODAS PARTES